



quehacer reflexivo de las ciencias sociales? Más aún, ¿qué explicaciones han ofrecido las investigaciones de los estudios culturales para comprender la complejidad de la dimensión cultural y el papel que juega ésta en el ámbito social?; ¿es plausible el presupuesto de los estudios culturales que toma a la cultura como una dimensión omnipresente y universal que pulveriza toda posibilidad de estudiarla empíricamente?

Estas son las preguntas que justifican *El análisis sociológico de la cultura. Teoría, significado y realidad después del giro lingüístico*, de Adriana Murguía, en donde se desarrolla una interesante crítica sobre la pertinencia de los enfoques en boga para el estudio de la cultura. La crítica adquiere relevancia porque está enmarcada en un problema más amplio, a saber, el de cómo dar cuenta de la densidad de los avatares teóricos y epistemológicos de la disciplina sociológica, en particular, y de la ciencia social, en general, para el análisis de la realidad social.

El libro actualiza al menos dos discusiones fundamentales. En primer lugar, la disputa filosófica, teórica y analítica implicada en la elección de la interpretación o la explicación como forma reflexiva del desarrollo de toda investigación social. En segundo lugar, la pertinencia de la demarcación del objeto de estudio sociológico señalado en autores clásicos como Max Weber y Emile Durkheim, con respecto al análisis contemporáneo que puede desarrollar la disciplina y la fecundidad con que ambos autores lograron abrir un campo de preguntas de pertinencia sociológica sobre diferentes ámbitos, incluido el de la cultura. Ambas discusiones contextualizan lo que más adelante constituye la parte medular del trabajo: mostrar la posibilidad alternativa de abordar el estudio de la cultura desde la tradición sociológica a través de tres programas contemporáneos de investigación: los de Margaret Archer, Robert Wuthnow y Jeffrey Alexander, quienes a decir de la autora representan versiones sofisticadas de la tradición sociológica para el análisis de la cultura.

En el primero capítulo, “Cultura y explicación sociológica. El inicio de la tradición”, la autora argumenta que el proceso de

constitución de la disciplina en la obra de Durkheim, Weber y, posteriormente, Parsons, estableció una base sólida para tematizar el problema. Esta interpretación es conducida por el supuesto metateórico que retoma de la lectura que Jeffrey Alexander realizó en sus primeros trabajos para interpretar “la naturaleza de la teoría y de las explicaciones sociológicas” (p. 25). La explicación pospositivista sugerida por Alexander tiene una herencia parsoniana en cuanto a la distinción de los diferentes niveles que un proyecto sociológico despliega en sus reflexiones, de tal manera que se pueden distinguir los elementos presuposicionales de los contenidos teóricos y de los supuestos metodológicos. El argumento de Alexander consiste en que la naturaleza del objeto de estudio de toda ciencia social genera intrínsecamente un desacuerdo permanente que afecta a los diferentes niveles en los que se ancla el ejercicio reflexivo. Dicha conclusión la sustenta en una imagen particular de ciencia en que se la asume “como una actividad que se lleva a cabo en el marco de dos ambientes, el metafísico y el empírico” (p. 27) los cuales, sin dejar de estar ligados, realizan tareas intelectuales distintas.

Para esta discusión, Alexander recupera algunos de los debates contemporáneos de la filosofía de la ciencia, retomando la tesis fundamental del análisis temático desarrollado por Gerald Holton: en el conocimiento científico confluyen tanto una dimensión contingente (empírica), como una dimensión analítica (lógico-matemática), y una dimensión temática (elementos presuposicionales) (pp. 28-29).

Alexander define que para el ámbito de la sociología la línea temática está marcada por la tensión acción social-orden social. De tal manera, es posible definir un amplio mapa de las formas en que puede entenderse la constitución de la sociedad según sea la modulación de autonomía o restricción que tenga cada uno de estos presupuestos temáticos en su relación. “Lo que resulta central es que, implícita o explícitamente, toda teoría sociológica toma postura frente a estas posibilidades y que éstas suponen una relativa autonomía de los presupuestos de la acción

sobre el orden y viceversa” (p. 31). De allí que Alexander defina la relevancia de la multidimensionalidad de toda teoría sociológica, en el entendido de ampliar el foco de observación de los procesos constitutivos del ámbito de lo social.

La precisión y la amplitud del modelo metateórico de Alexander le servirá a la autora para posicionar el análisis de los programas de investigación de Archer, Wuthnow y el propio Alexander sobre el estudio de la cultura. Ahora bien, antes de concluir el capítulo se inserta una reflexión sobre el papel que tienen los estudios sobre la religión realizados nuevamente por Durkheim y Weber, en tanto precedentes para el entendimiento de la cultura desde la óptica de la sociología.

Murguía señala que la disertación que realizó el sociólogo francés sobre el papel de la religión en las sociedades

define una concepción epistémica de la realidad que rechaza la escisión entre el conocimiento y el mundo que le permite concebir a los hechos sociales en general, y a las representaciones colectivas en particular, como realidades que tienen el mismo estatuto de la realidad material (p. 44).

Por su parte, la herencia de Weber en el estudio de la religión puede sintetizarse –si cabe la posibilidad de ello– en la búsqueda de la “relación entre las estructuras de significado y los intereses de los agentes” (p. 54), es decir, en la identificación de cómo evolucionan los significados a partir del uso interesado que los diversos grupos sociales pueden hacer de ellos. Los problemas abiertos por ambas concepciones atañen al estudio de la cultura en tanto que dejan abiertas tres cuestiones fundamentales: *i*) cuál es el estatuto ontológico de la cultura; *ii*) cómo puede abordarse el problema de la causalidad; y *iii*) bajo qué términos puede considerarse la autonomía de la cultura (pp. 58-59). Será justamente frente a estos problemas que los programas sociológicos contemporáneos abordados en el grueso de esta obra buscan ofrecer una respuesta.

Siguiendo el supuesto metateórico de Alexander, en el capítulo “El realismo morfogenético de Margaret Archer” Murguía ubica en principio los condicionamientos teóricos de la pro-

puesta. Esto la lleva a revisar el *continuo* entre las discusiones de Weber y las críticas de Parsons a propósito de la explicación racional de la acción. La obra de Archer, en un sentido fuerte, tiene una herencia con ambos autores pese a que su proyecto nació en un contexto en el que las explicaciones macrosociales eran duramente criticadas.

El realismo morfogenético de Archer es un intento teórico-epistémico por fundamentar la relevancia de la autonomía de las partes que confluyen en la constitución de la sociedad. Por ello, cuestiona las perspectivas que proponen obviar esta autonomía poniendo el énfasis en la síntesis, tal y como lo señalan las teorías de la constitución de la sociedad. La morfogénesis, en contraparte, es el reconocimiento pleno “de las dos características distintivas de los sistemas sociales, de las que la teoría sociológica tiene que dar cuenta” (p. 109). Por un lado, los sistemas sociales no tienen una forma privilegiada (*morfo*), sino que pueden sufrir transformaciones radicales, y por otro, son resultado de la interacción cotidiana de los agentes. Las consecuencias buscadas y no buscadas de la acción producen y reproducen todo tipo de estructuras sociales (génesis). La propuesta de Archer apremia a que la sociología estudie de forma independiente ambos procesos, pues esta es la única forma de poder abordar el conjunto en su complejidad. La morfogénesis

constituye una metodología que se basa en la historicidad de la emergencia y en el dualismo analítico que constituye la estrategia que complementa la relación tripartita que Archer establece entre ontología, metodología (como programa explicativo) y práctica de investigación (p. 110).

El estudio de la cultura a partir de estos presupuestos tiene como consecuencia en la obra de Archer tres tesis fundamentales: *i*) las ideas alcanzan eficacia cuando se alían a los intereses; *ii*) el tiempo es una variable explicativa que posibilita el análisis causal en relación con la estabilidad y el cambio cultural; y *iii*) el realismo crítico fundamenta el análisis de la cultura y la crítica a las teorías de la constitución social (pp. 114-124).

En el tercer capítulo del libro, “El postestructuralismo de Robert Wuthnow”, la autora reconstruye el trabajo ciertamente poco discutido dentro de la academia mexicana del sociólogo norteamericano, quien a lo largo de varias décadas ha establecido una trayectoria importante de reflexiones que van del estudio de la religión al análisis de la cultura. Los aportes de Wuthnow con respecto a dichos problemas son significativos, pues nacen de su inquietud por establecer una conexión entre la investigación empírica y las concepciones de la cultura que la sociología había desarrollado hasta ese momento. Para Wuthnow, la herencia de Durkheim y Weber respecto del tema de la cultura culminaba en dos problemas: el primero relacionado con la falta de un referente empírico; de allí que los procesos psicológicos tomados como un sustituto de dicho referente afloraran como unidades de análisis de la cultura; el segundo, dado que a la cultura se la había concebido en términos amplios se impidió profundizar en las expresiones simbólicas específicas que constituyen los procesos de reproducción y cambio de las formas culturales (pp. 143-144).

La labor de Wuthnow se ha centrado en ofrecer respuestas a dichos problemas, sugiriendo la distinción entre cultura y subjetividad, cuestión que le permitiría abrir la discusión sobre el anclaje de un nuevo referente para el análisis empírico de la primera. Para Wuthnow, la cultura, al ser un “aspecto simbólico expresivo de la conducta” requiere para su análisis sociológico superar una concepción que a su juicio ha minado la profundidad del problema al acotarla a simple condición ideacional. La respuesta que ofrece para solventar dicha problemática opta por hacer referencia a fenómenos genuinamente sociales como son los códigos, los discursos y los comportamientos rituales, los cuales cumplen con la característica de ser aspectos simbólicos-expresivos del comportamiento social (p. 156).

Si bien la autora reconoce las importantes aportaciones de Wuthnow señala que su propuesta, en cuanto a su concepción de cultura, posee aspectos problemáticos en el nivel ontoló-

gico y epistémico. Por un lado, en su pretensión por vincular cultura y acción

Wuthnow la define [a la segunda] como un aspecto de la conducta, pero esta distinción no se mantiene en sus análisis empíricos, porque es ambigua: ¿cómo podría sostenerse que un código o un límite simbólico constituyen aspectos de la conducta? (p. 178).

La conducta es relevante en la medida en que transmite el sentido, pero es el sentido el que debe considerarse como un asunto privilegiado a investigar en la cultura. Por otro lado, el problema epistémico radica en que el análisis sociológico no puede aspirar a trascender la cuestión del significado:

Simbolos, códigos, discursos, aun y cuando se distingan de la conducta y/o de la subjetividad implican, ineludiblemente, la interpretación de su significado, y éste no es unívoco, como de hecho se demuestra en el propio análisis empírico de Wuthnow (p. 178).

En este sentido, el programa de investigación de Alexander —objeto del cuarto capítulo— resulta más coherente en la medida en que nace de su continuo debate sobre la herencia de la tradición sociológica y los problemas de mediación que se han dado entre las estructuras (macro) y los procesos de interacción (micro) como elementos constituyentes del orden social. El autor busca tener coherencia con su propio presupuesto metateórico, el cual le permita desembocar en un enfoque multidimensional de la explicación sociológica.

Murguía nos expone con detenimiento la evolución del pensamiento del sociólogo estadounidense, quien postula la pertinencia de un programa fuerte para el estudio de la cultura similar al desarrollado para el ámbito del conocimiento científico por David Bloor y Barry Barnes en los años setenta del siglo pasado. El programa de Alexander afirma que las posibilidades de estudio de la cultura necesariamente requieren asumir tres condiciones para poder observar el *continuo* multidimensional en el que se despliega la cultura. Estas condiciones son: i) la presuposición de autonomía analítica y concreta

de la cultura; *ii*) la reconstrucción hermenéutica de estructuras y textos culturales; y *iii*) la especificación de los mecanismos mediante los cuales se ejercen sus poderes (p. 207). Dicho proyecto, además, establece las posibilidades de conectar los presupuestos teóricos con el análisis empírico, lo que lo convierte en una herramienta de reflexión importante en la medida en que muestra “cómo se producen las estructuras de significado –cómo operan los mecanismos culturales– y cómo ejercen los actores su papel de mediadores causales” (p. 228). No obstante, señala la autora, aquí es donde radica uno de sus principales problemas: ¿cómo se hace accesible la noción de significado en la perspectiva de Alexander, para que adquiriera el estatus de causalidad de los actos?

Una vez revisadas estas propuestas contemporáneas, el último capítulo, “Cultura y explicación sociológica. Hacia una teoría realista de la cultura”, se enfoca en desarrollar un debate crucial: ¿cuál es el estatuto ontológico de la cultura como presupuesto fundamental que condiciona las posibilidades de investigación sociológica? En oposición a la tradición filosófica emanada del giro lingüístico, y a la analogía surgida de éste para estudiar la vida social y la cultura como texto, la autora propone una concepción alternativa expresada en el pragmatismo kantiano de Hilary Putnam y Jürgen Habermas:

[...] el significado no se produce sólo por las relaciones contrativas [*sic*] entre los elementos de un sistema *signico*, sino por medio de la interacción de éstos con las actividades pragmáticas de los agentes que involucran tanto el mundo material como las relaciones entre ellos. Es a través de estas interacciones que emergen las estructuras simbólicas y es también a través de ellas que se produce la revaloración funcional de los signos (p. 288).

Las posiciones desarrolladas por Putnam y Habermas concuerdan con la concepción del realismo crítico de Roy Bashkar, quien postula la prioridad ontológica de la cultura dada la forma en que se estructura el mundo y la posibilidad que dicha estructuración ofrece para su estudio. El argumento de Bashkar reconoce la convivencia tanto de elementos intransitivos –la realidad objetiva del mundo– como de elementos tran-



sitivos –las formas en que se busca conocer esa realidad objetiva, de carácter social (p. 274). Desde este reconocimiento es posible fundamentar un naturalismo cualificado para el desarrollo de las ciencias sociales:

La unidad esencial del método se deriva de la estructura del mundo que establece Bashkar a través de su crítica trascendental: la existencia de estructuras y mecanismos que ejercen poderes causales se aplica tanto al ámbito de la naturaleza como al de la sociedad. Siendo así, el interés por dichas estructuras y mecanismos suplanta a aquél por los fenómenos manifiestos en cualquier disciplina científica. Por otro lado, la especificidad del método de las ciencias sociales se deriva del hecho reconocido por la tradición comprensiva de que el objeto de las ciencias sociales es una realidad preinterpretada por los actores (p. 279).

Es sabido que durante las últimas tres décadas el desarrollo de los debates teórico-sociológicos en la academia mexicana ha sido dispar. De allí que un texto como el presentado por Adriana Murguía adquiera suma relevancia, pues ofrece una argumentación rigurosa que da claridad sobre un problema que en muchas discusiones pasa inadvertido: las consecuencias que la conceptualización teórica disciplinar establece como presupuestos necesarios que posibilitan u obstaculizan el desarrollo de investigaciones empíricas sobre los procesos fácticos que son teorizados. *El análisis sociológico de la cultura. Teoría, significado y realidad después del giro lingüístico* ilustra con claridad la complejidad de niveles implicados en el desarrollo reflexivo de la sociología, así como la posibilidad de abordar estos problemas más allá del reduccionismo impuesto por los estudios culturales, que hicieron del significado un medio universal que se explica por sí mismo. La alternativa sugerida por la autora establece tres ejes de estudio que pueden conducir en un futuro a seguir ahondando en los análisis de la cultura: *i*) investigar la lógica interna de la cultura, sus códigos y narrativas; *ii*) observar la forma como se relaciona la cultura con la estructura social; y *iii*) indagar cómo la mediación entre la acción y la cultura ejerce efectos en la realidad social.